

cion á sus *Estudios históricos*; pero algunas páginas mas adelante, cae él mismo en el sistema que combate, no encontrando para explicar el terror de 1793, otro medio, que compararlo al azote contagioso que siempre ha despertado tan poderosamente las ideas de fatalismo entre las poblaciones. „El terror, dice, no fué una invencion de algunos gigantes fué simplemente una enfermedad moral, una peste.” Encuentro mas poderoso este argumento de M. de Bonal contra el fatalismo: „El destino, dice, es en política lo que el azar es en física; y como el azar no es segun Leibnitz, mas que la ignorancia de las causas naturales, el destino y la fatalidad, no son mas que la ignorancia de las causas políticas.” ¿Pero cuál es el medio, para el historiador, aun contemporáneo, de evitar esta ignorancia? Tomo por testigos á los tres escritores, que en sistemas tan opuestos han escrito la historia de la revolucion de Francia. Uno, M. de Lacretelle, brillante en su estilo, dramático en sus relaciones, moral en sus reflexiones, casi siempre moderado en sus juicios, no presenta sino la superficialidad de la historia: rara vez se ha tomado el trabajo de profundizar los motivos por que ha hecho obrar á los personajes; las pacientes investigaciones seguramente no han resfriado su fantasía; pero con qué calor de alma, con qué animacion de estilo él recompensa á sus lectores! *Dulcibus vitis*, exclamará algun historiador que solo tenga erudicion. Yo convengo: pero lo que ha popularizado en Francia la ciencia historial no son ciertamente las doctas y pías disertaciones de la academia de las inscripciones; sino las tres ó cuatro ediciones de la *Historia del siglo XVIII*: los diez volúmenes de historia contemporánea, que de veinte años á esta parte ha publicado M. de Lacretelle, y en los cuales, con pocas diferencias, ha sostenido las mismas ideas y seguido el mismo sistema, con una constancia y una firmeza, que manifiestan una fuerza en el discernimiento, una estension y una facultad de aplicacion, que cada día son mas raras.—Fatalista, si lo fué, M. Mignet, en su brillante bosquejo de la revolucion, se ha mostrado pensador y escritor; pero la marcha rápida que habia tomado, le habria, en defecto de su sistema, impedido remontarse á las causas secretras de los acontecimientos, y penetrar, por decirlo así, hasta las entrañas de la historia. Esto es tambien lo que parece no intentó M. Thiers en su cuadro, por otra parte muy vasto y hábilmente trazado de los anales revolucionarios de la Francia. Se conoce que dotado de una alta sagacidad y de una facili-

dad admirable, el autor mas bien ha adivinado que estudiado á fondo á los hombres, cuya intriga manifiesta. Pero confieso que en el libro encuentro pocos rasgos que puedan hacer que se le mire como uno de los gefes de la escuela política fatalista.—En suma, M. Lacretelle y Thiers, me parecen, con principios diferentes, ser de la misma escuela, de aque- que une el interés dramático á la filosofía. primero no aprecia de la revolucion mas que las libertades que por medio de ella ha obtenido la Francia: el segundo aprecia de ella los principios y detesta sus excesos; ambos tratan de hacer dramática la historia; pero se echa á ver que mas nutrido con la lectura de los antiguos M. Lacretelle, recuerda á menudo el conocimiento el gran estilo de Tito Livio. Thiers, es ni mas ni menos, lo que lo habia hecho la naturaleza y las ideas del siglo.

IX.

Escuela filosófica moderna.—Escuela pintoresca ó descriptiva.—La historia en Alemania.—Herder, Vico.—En Italia, en España, en Gran Bretaña.—Historia de Polonia.—Historia literaria.—Biografía.

A la escuela filosófica y racional pertenecen MM. Sismondi, Thiers, Ancillon, Guizot, Daunou. Con que paciencia despues de haber dado tanto brillo á la historia ignorada de las repúblicas de Italia, M. Sismondi ha conquistado todos los títulos de la antigua monarquía francesa y de sus provincias! Se le ha echado en cara el haber, en su preocupacion por ideas modernas, juzgado muy frecuentemente lo pasado segun lo presente.—Las cartas de la historia de Francia de M. Thiers, son una vez una obra maestra de crítica y de estilo: las confusas ruinas de la edad media, él ha encontrado muchos tesoros. Su *conquista de Inglaterra por los Normandos*, es en mi opinion, uno de los libros mas enérgicamente concebidos, despues del *Espíritu de las leyes*. Los esfuerzos de erudicion y de sagacidad no le han menester para volver á encontrar los títulos de tantas razas magulladas y confundidas en el nivel de la conquista! El *Cuadro de la historia moderna* por M. Ancillon, presenta un resumen rápido, una consideracion imparcial y profunda de todas las cuestiones europeas desde el fin de la edad media. El mismo cuadro de imparcialidad se encuentra con un saber variado y una sagacidad mas viva, en el *Cuadro de Historia moderna* y en el *Ensayo sobre la historia de Francia* de M. Guizot. Cuántos siglos no ha dado este gran ingenio desde las

taciones de Gibron, hasta sus admirables lecciones sobre Carlo Magno!—En cuanto á M. Daunou, ya se ha dicho muchas veces, es del todo un benedictino por su conciencia. La escuela pintoresca ó descriptiva, tiene por gefe al historiador de los duques de Borgoña M. de Barante. No es ciertamente á esta escuela á la que se acusará de pedir á los siglos precedentes, argumentos para fortificar tal ó cual mira política, y transformar la historia en dócil sofista; ella ha llevado á la ciencia á su sencillez primitiva. A la manera de Herodoto y de Froissad, presenta los hechos tales cuales los han transmitido las fuentes originales, y las tradiciones del tiempo: hace revivir á los personajes de los tiempos pasados, y los presenta con sus opiniones y sus preocupaciones, sin permitirse deducir nada ni en pro ni en contra, dejando al lector la facultad de formar el juicio que le agrada. Este modo no puede aplicarse sino á épocas determinadas, y para que interese necesita el antiguo estilo de los primeros historiadores hábilmente engastado en una narracion simple y natural. Con efecto, si se tratara de hacer una historia pintoresca con memorias escritas desde que el lenguaje se ha formado, no se lograría hacer mas que una obra fastidiosa. Tal vez la *Historia de los Duques de Borgoña*, es la única que ha podido tener buen éxito en este género; y como se ha dicho, si M. de Barante se ha sobrepujado á las dificultades de su empresa, por la flexibilidad de su talento, es de temer que haya estraviado á sus imitadores. Por otra parte, la historia escrita con esta prolidad de pormenores interiores, llenaría bibliotecas enteras; y finalmente, nunca estará al alcance de la multitud, porque la mayor parte de los lectores piden al historiador algo mas que documentos, presentados sin arte, exigen coordinacion y resumen de los hechos, prefieren gustosos encontrar en él decididamente una opinion, con tal que se les deje la libertad de adoptarla ó modificarla: ademas, las dos escuelas que acabo de mencionar tienen sus escollos así como sus ventajas. Al lado del inconveniente de no juzgar absolutamente de los hechos, se encuentra el de juzgarlos mal; y no hay peor guia en historia que ciertos filósofos sistemáticos, que tratan no de ver las cosas como son, sino como se convienen con su sistema. Por esto yo exclamaré con Juan Jacobo Rousseau: „Los hechos! los hechos!” El abuso del racionismo y de la sagacidad, que aun se ha condenado á Tácito, puede dirigirse á casi todos los historiadores de los siglos XVII y XVIII, á Saint-Réal, á Millot, á

Reynal, á Mabli y solo Montesquieu sabe doblegar ante los hechos su profunda sagacidad. En cuanto á Voltaire, si se encuentra exento de este defecto, peca en sentido opuesto, desechando con demasiada ligereza todo lo que es congetural.

La Alemania tiene tambien sus escuelas: una puramente histórica, se limita á los hechos y desecha toda forma filosófica; sin embargo, reconoce un encadenamiento providencial en el orden de los acontecimientos. Tal ha sido la marcha de Niehuler en sus investigaciones sobre los origenes de Roma; tal es la de M. Lavigny en su *Historia del derecho Romano*. La escuela filosófica histórica, que tiene por gefe á Hegel, somete el hecho á la idea: segun ella, el entendimiento humano crea el hecho: por el contrario, la escuela puramente histórica dice, que el hecho pone en movimiento al entendimiento humano. Hay ademas, dos escuelas teológicas, de las cuales una hace salir el cristianismo de la razon pura, la otra de la revelacion.—Herder, en sus *ideas sobre la filosofía de la historia*, individualiza á la humanidad y la representa como un viajero, que arrojado sobre esta tierra por una mano invisible, ha recorrido sucesivamente todas las comarcas, siempre modificándose y en lucha contra sí mismo y contra el mundo material. Este noble sistema que simpatiza tan bien con las ideas cristianas, no es nuevo; hace mas de siglo y medio que Vico lo habia adivinado; pero Vico habia caído en el olvido: un jóven historiador, cuyo nombre no desmerecerá junto á los de los hombres ilustres que he mencionado, M. Michelet ha exhumado y propagado la *Ciencia nueva*: tal es el título de la obra de Vico. Ha hecho mas: ha publicado diversas obras, en las cuales vió aplicado este sistema, cuya teoría puede parecer oscura. Mas misterioso aun que Vico, no menos religioso, y por lo régular elocuente, el autor de la *Palingenecia*, M. Ballanche, verdadero druida de la historia, se esfuerza en erigirla en una *theosofía* cristiana. Estas escuelas medítandolas nacidas bajo el cielo germanico, y que han influido ya sobre la ligereza del genio francés, me recuerdan involuntariamente el libro en que toda la *Alemania* revive bajo la pluma de una muger, cuyo ingenio independiente enfureció al despotismo militar. „Podré en esta galeria histórica omitir á M.^{ma} de Stael, quien en sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolucion de Francia*, ha mostrado lo que habria podido hacer si hubiera aplicado su talento á la historia?” (*Chateaubriand.*)—La patria de Vico po-

se e hoy muchos historiadores, de los cuales algunos pertenecen á su escuela: despues de Botfa, cuya *Historia de los Estados-Unidos*, recuerda la escuela filosófica; despues de Micali de Florencia, cuyo ingenio sagaz y paciente ha hecho revivir á las antiguas naciones de la Etruria, citaré á MM. Albi de Turin, (*Hist. de Italia*); Cibrario Piamontes, (*Hist. de Chieri*); Vasece Genoves, (*Hist. de Génova*); Campaglia de Milan, (*Hist. de Italia*); y en fin, el baron de Manno, (*Hist. de Cerdeña*), hombre de estado, y á cuya pluma se debe un excelente artículo sobre la *Libertad de la historia* (1). Todos estos nombres manifiestan que la Italia sostiene la gloria de los Villanis, de los Avilas, de los Joves, de los Guichardines, de los Machiavelos, etc.—La España, que cita siempre á su Mariana, elocuente copista de Tito-Livio, posee dos historiadores: Llorente, cuya pluma acusadora con solo referir los hechos ha herido á la inquisicion, y el conde de Toreno, narrador pintoresco, animado y hábil en trazar los retratos á la manera de los antiguos: sus compatriotas solo le echan en cara alguna afectacion al querern imitar el estilo inimitable de Cervantes.—La Gran Bretaña habia precedido, en la ciencia historial, al resto de la Europa; citaba con orgullo durante el último siglo, á Robertson, á Hume, á Smollet, á Gibbon etc.; hoy no posee mas que al Dr. Lingar, sacerdote católico que ha escrito su historia sin preocupaciones. M. Hallan, autor de la *Europa en la edad media*, ha publicado mas recientemente una *Historia constitucional de Inglaterra*, que presenta un resumen juicioso y rápido. Walter Scott, tambien ha escrito una *Historia de Escocia*, y una *Historia de Napoleon*, lo cual seria la vergüenza de su pluma, si no se supieran los honrosos motivos que pusieron al autor de Waverley á sueldo de los libreros, y él, que ha elevado la novela casi al rango de la historia, se ha colocado como historiador en un puesto muy inferior á la mediocridad. Tambien en Francia, un hombre que da vergüenza mencionar entre gente de buena conciencia, el autor de los *Barones de Felsheinc* y de *Monsieur Botté*, Pigault Le Brun, de asquerosa memoria, habia dejado la novela para erigirse en Tácito. Los viejos novelistas miran pues la historia como su retiro.—Si desde el cardenal de Fleury hasta nuestros dias, la política de los diversos gobiernos de Francia, en despecho de las simpatias nacionales, ha faltado á la Polonia, los consuelos de la his-

[1] Ofrecemos á nuestros suscritores el publicar mas adelante este artículo sobre la *Libertad de la historia*.
(LOS REDACTORES.)

toria no le han faltado. Ya el abate Croyer habia escrito una historia bastante buena de este valiente pueblo, y los que han venido despues se han aprovechado de sus investigaciones de sus ideas, que no carecen de filosofia: la excelente obra de Rhuliére, sobre la *Anarquia de la Polonia*, ha vuelto á la literatura la historia dramática olvidada desde Vertot. Despues de ellos, escribiendo segun el progreso de las nuevas ideas políticas, M. de Salvandi ha escrito una historia de Polonia maduramente pensada y escrita con energia; en fin, bajo el título de *Sulkoski*, M. de Saint-Albin, publicó hace algunos años una curiosa monografia sobre el estado de la Polonia, antes y durante la revolucion de Francia.—La historia literaria no podia dejar de ser cultivada en una época en que toda la literatura se ha refugiado á la historia. No obstante, antes que Voltaire la hubiera dado á la historia general, ya Bayle habia hecho una excelente historia literaria; Gaillard, en su historia de Francisco I, habia seguido en este Voltaire; y finalmente, un autor casi desconocido, publicó, hácia 1784, un pequeño volumen que es una obra maestra: *Del Amor de Dios que IV hacia las letras*. Despues hemos tenido la *Historia de la literatura italiana* por Guené, grande obra algo pesada, pero que por esto deja de ocupar un lugar distinguido en todas las bibliotecas. Se debe á Chenier y á Barante, el *Cuadro de la literatura en el siglo XVIII*. Estas dos obras escritas bajo diversas inspiraciones tienen cada una su mérito, y siempre existirán. Las varias páginas que M. Lacreteille ha consagrado en sus diversas obras á consideraciones acerca de los escritores y de los sábios, bastarian para formar una buena historia literaria. En fin, M. de Villemain en sus cursos tan brillantes cuanto sencillos, ha abrazado las literaturas de casi todas las épocas modernas, desde los Padres de la Iglesia hasta los grandes oradores del parlamento de Inglaterra. Tomada desde tan alto punto, en los dos eslabones extremos de los siglos modernos, una historia viene á ser necesariamente política. En su *Cronwell*, M. Villemain, ha escrito sobre la revolucion de Inglaterra pasages de alta importancia, y que anunciaban ya esta valiente y moderada graduacion de opiniones que el autor, muy jóven entonces, habia sacado de su corazon y de un estudio profundo de la historia parlamentaria de Gran Bretaña. Si se recorren las lecciones de los escritos filosóficos de M. Cousin, no solo encontrarán en ellos capítulos apropiados á la historia de la filosofia, sino tambien gran-

des y elevadas miras acerca de la ciencia historial.—La biografia que Bayle habia elevado á tan alto grado, ha adquirido en nuestros dias nueva importancia, escluyendo un pequeño número de artículos inspirados por el espíritu de partido, ó redactados por algunos mediocres y presuntuosos escritores, la *Biografia universal* de M. Michaud, puede citar entre sus redactores á los primeros sábios y mejores escritores de la época.

X.

Algunos puntos omitidos.—De algunas historias antiguas: de la edad media: modernas.—Incertidumbre de la historia.—De la enseñanza de la historia.—Conclusion.

Este artículo se estiende; los nombres se presentan bajo mi pluma; y sin embargo, ¡cuántos puntos esenciales se me han escapado! ¡cuántos nombres conocidos se buscarán en vano en estas columnas! Para escribir la historia completa de la historia, para desarrollar sus principios, sus dificultades y sus escollos: para recordar los principales historiadores, seria menester volúmenes estensos, y me es preciso ya contar las lineas, á fin de no exceder los límites que me he trazado.—Apenas he indicado las fuentes de la historia antigua y romana: suponiendo que hubiese sido superfluo hablar de historiadores conocidos, como Herodoto, Tucídides, Genofonte, Tito-Livio, Floro y Diodoro, habria querido recordar al menos que Polibio, notable como critico y como publicista, contiene el texto de tres antiguos tratados entre Roma y Cartago, los cuales, convengamos en que son piezas oficiales de muy venerable antigüedad. No me habria disgustado el recordar que en Apiano de Alejandria, autor de muchas obras acerca de las guerras civiles y extranjeras de los romanos, se encuentra otra pieza oficial del mas alto interés, la proclamacion de los triunviros Octavio, Antonio y Lepido, para justificar y anunciar á la vez sus proscripciones. Habria tenido que hacer algunas curiosas observaciones acerca de la historia de Josefo, cuyas *Antigüedades judaicas* son tan instrutivas en el fondo, y tan notables por el brillo y la fuerza del estilo: su otra obra sobre la guerra de los judios, terminada por Tito, contiene la conclusion de la historia del pueblo mas antiguo del mundo, y nos enseña, por un testimonio contemporáneo, el cumplimiento de las predicciones de Jesus Nazareno. En la historia llamada de *Augusto*, seis historiadores (Aelio Esparcita, Vulcasio Galicano, Aelio Lampridio, Julio Capitolino, Trebelio Po-

lion, y Flabio Vopisco), han escrito los reinados de los emperadores desde Andriano hasta Caro: estos autores, á los cuales es necesario agregar al juicioso Amiano Marcelino, hombre de estado y guerrero, tienen un precioso mérito: en su estilo inculto, y que se reciente de la decadencia romana, dicen mucho en pocas palabras, y con mas frecuencia que los grandes historiadores de la antigüedad nos transmiten actos auténticos y discursos tales cuales fueron.—Habria citado á Dionisio Casio de Nicea; y tambien habria hecho ver cuanto los poetas, desde Juvenal hasta Claudiano, desde Peseo hasta Ausonio, pueden presentar documentos preciosos sobre la historia de las costumbres y aun sobre hechos políticos. Habria enumerado todas las riquezas que ofrecen en este género los Padres de la Iglesia; habria señalado la historia de Paulo Oros, sirvió cuyo plan acaso de modelo á Bossuet en su *discurso sobre la historia universal*. Llegado á la edad media no hubiera dejado de tener algun embarazo en la eleccion entre los tesoros históricos que nos presentan esos siglos de barbarie, en que se escribia mucho mas de lo que comunmente se cree: testigos de ello la historia de Goth Jormandés, las vidas de los santos, las crónicas de los conventos, los fastos de la vida de los príncipes, las correspondencias de los hombres de estado, (Boecio, Casiodoro), de los papas, de los obispos, de los simples sacerdotes etc., que forman tantos in-fólio leídos en otro tiempo tan solo por los religiosos que los publicaban, y que hoy exploran con tanto ardor los jóvenes iniciados en la ciencia. En fin, la historia sagrada de Sulpicio Severo, la historia eclesiástica de Gregorio de Tours y la vida de Carlo Magno por Egrihard, nos habrian, en medio de la barbarie general, sorprendido por cierto mérito de composicion y de estilo; y recordando una palabra célebre de Pyro, rey de Epiro, habriamos podido esclamar: „Este arreglo no nos parece tan bárbaro!” Los códigos de los pueblos germánicos tambien habrian atraído nuestras miradas. No habria pasado en silencio á Joinville, Villehardoin y Crisfina de Pisan. Habria señalado los autores y las crónicas hasta entónces desconocidas, ó al ménos inesplorados, de los cuales felizmente M. Michaud, ha hecho uso en su *Historia* y en su *Biblioteca de las Cruzadas*.

Pero me apresuro á llegar á los tiempos modernos. Aquí la historia abatida al grado de simples crónicas por casi todos los que la han escrito en la edad media, vuelve á tomar su ma-

gestad: cada pueblo tiene sus historiadores: en Francia, Heroissart, Monstrelet, Comines y sus contemporáneos, quienes no condenan al olvido ninguna particularidad de la historia: lo mismo sucede en todas partes; pero la antigua indigencia se torna en superfluidad; ya no hay ciudad que no quiera tener su historia particular, ni hombre de estado que no escriba sus memorias; y uno se encuentra agobiado por el peso de tanta autoridad, sin ser este el único mal. La historia moderna está lejos de haber ganado tanto en certidumbre como en estension: tantos historiadores sobre un mismo hecho, tantas versiones diferentes y los monumentos y las medallas que á veces no son mas veridicas. Si esta columna *rostral* cuyo pedestal puede aun verse en el museo Pio Clemencino, y que fué erigida en Roma por los contemporáneos de Duilio, en conmemoracion de su victoria naval, es una prueba histórica de la cual no puede dudarse; la estatua del agüero Naevio, elevada no sin el pedernal que él habia cortado con una navaja de barba, probaba que habia obrado algun prodigio. Esto habria sido sin duda lo mismo que la santa ampoya, y tantas otras pretendidas reliquias destinadas á atestiguar milagros supuestos. Otro tanto puede decirse de las falsas decretales. Hay en fin algunas medallas que han sido gravadas por victorias muy indecisas ó por empresas que se han frustrado. Así durante la guerra de 1740 entre Inglaterra y España, no se gravó una medalla atestiguando la toma de Cartagena por el almirante Vernon, mientras que este levantaba el sitio? Otro germen de errores y de ignorancia resulta de los libelos satiricos de que han sido tan fecundos nuestros tiempos modernos, y que no tienden mas que á desnaturalizar la historia. En medio de todos estos obstáculos y de todas estas dudas, que se oponen á que uno pueda saber bien en sus pormenores la historia de los tiempos modernos, el hombre de buen sentido que quiere instruirse se ve obligado á limitarse á tomar el hilo de los grandes acontecimientos y apartar todos los hechos particulares de poca importancia: aprende en la multitud de las revoluciones el espíritu de la época y las costumbres de los pueblos. Debe sobre todo dedicarse á la historia de su patria, estudiarla, poseerla y reservar para ella los pormenores, y dar una ojeada general sobre la de las otras naciones, cuya historia debe sobre todo interesarle en sus relaciones con su país, á ménos que no presente en sus negocios inte-

riores, analogias con la historia patria, é instrucciones de una utilidad positiva y directas para apreciar mejor las instituciones nacionales.

¿He hablado del modo de escribir la historia á cerca de la cual han dado preceptos tantos escritores, desde Luciano hasta Mably, desde d'Alembert y Voltaire, hasta M. de Bonald? Largo sería á la verdad este trabajo, pero quiero mas bien decir á cada autor con M. de Casteaubriand: „Si es conveniente tener algunos principios fijos al tomar la pluma, es una creacion inútil el preguntar como debe escribirse la historia, pues que cada historiador la escribe segun su ingenio.... y de cualquiera manera es buena con tal que sea cierta.» Ciceron habia dicho ya: *historia quoquo modo scripta proficit.* Además, el autor de los estudios me da un ejemplo al precepto: á voluntad de su entendimiento tan movable como vasto, es sucesivamente sentencioso y patético, racionador, pintoresco, filósofo y fatalista, y si algunas veces se encuentra que no es del todo historiador siempre es un gran escritor. ¿He hablado de esas novelas históricas que bajo la pluma de un Walter-Scott, de un Cooper y de un M. Changy, ilustran el tiempo pasado tan bien como la historia? ¿He tratado en fin de la importante cuestion de los compendios? Me parece cómodo á la verdad para leerlos y consultarlos superficialmente, pero pueden proporcionar una instruccion verdadera? Creo con M. de Bonald que no. „Tienen muchos pormenores ó carecen de ellos, y no presentan bastante atractivo para la memoria, ni bastante ejercicio para el entendimiento.» A la juventud conviene la historia con todos sus pormenores „porque esta edad no retiene sino las historias largas; y las mutilaciones que exige el compendio, las sufren los hechos, que son precisamente los que una memoria fresca acoge con mas facilidad, y conserva mas fielmente.» Felizmente ya no estamos en el tiempo que la ciencia de la historia se consideraba como agena de la instruccion pública, y hoy enseña en muchos establecimientos y á pesar de la opinion de los enemigos de las instituciones, se enseña la historia, y segun lo ha dicho M. Guizot, aparece como una ciencia política, dispuesta á marchar con el siglo, á instituir, y formar generaciones capaces de comprenderlas y sostenerlas.

Despues de haber insertado este artículo

cual hemos quitado casi todo aquello que interesa particularmente á la Francia, parece que sería oportuno consignar algunas líneas para hablar del estado que entre nosotros guarda la ciencia de la historia y su estudio; pero como este trabajo haria demasiado largo este artículo, nos reservaremos para tratar de tan impor-

tante materia en otra ocasion, dando una noticia lo mas circunstanciada que nos sea posible, de las obras que tratan de la historia de nuestro país, y de los mexicanos que han escrito á cerca de tan vasta quanto interesante ciencia.

P. M. DE TORRESCANO.

CONTEMPLACION.



I

BRILLA del sol la vividora lumbre,
Arde su luz indeficiente y pura,
Rica y lozana ostenta la natura,
Su juventud, su gloria, su beldad.
Inmenso velo de esmeralda cubre,
Cerros gigantes, valles dilatados,
Que de gallardas flores esmaltados
Están con infinita variedad.
Al fin llegó la dulce primavera,
Y el blando viento derramando aromas,
Baña los prados, las erguidas lomas,
Y vivifica el pólem de la flor.
Los árboles excelsos sacudiendo
Las pardas hojas que secará el yelo,
Alzan entonces la cabeza al cielo
Con nueva vida y sin igual vigor.
Plácido se desliza entre zarzales
El arroyuelo manso y bullicioso,
Besa el pié tosco al pino magestoso
Con ondas de purísimo cristal.
Y la rosa purpúrea, embalsamada,
En ellas posa su divina frente,
Cuando la mece el delicado ambiente
Entreabriendo su cáliz virginal.
Aun la gigante, y reformida palma
Que tan airosa, tan gentil y bella,
Entre sobervios árboles descuella
Y que á la flor pequeña despreció;
Se dobla humilde al susurrar del viento,
Abre el seno túrgente y delicado,
Y recoje el perfume regalado
Que esa tímida flor desperdició.
Todo es vida y placer, todo hermosura,
En la linda estacion de los amores,
Pasaron del invierno los rigores
Como la turbulenta tempestad.

Como pasan ¡ay Dios! crueles pesares,
Como pasa el imperio de las leyes,
Como pasan los tronos y los reyes,
Como pasa tambien la libertad.

II

Así pasarán mis años
Ora brillantes, floridos,
Y quedarán confundidos
Para ya nunca tornar.
Y mi juventud ardiente,
Esta juventud fogosa,
Por la vejez caprichosa
Remplazada se verá.
Por esa edad taciturna,
Edad de melancolía,
Edad marchitada y fria,
Edad que toca á su fin.
Fenecerán los deleites
De los vigorosos años;
Mil tétricos desengaños
Solo podrán subsistir.
Pero inútiles, tardíos,
Cual son para el que guardára,
La flauta preciosa y cara
Despues que el cierzo la hirió.
Recuerdos que multiplican
Largas horas de tormento,
Instantes de sentimiento
Y de profundo dolor.
¡Ay Dios! acaba el invierno
Y la alma naturaleza,
De nueva pompa y grandeza
Engalanada se vé.
Y esa transicion perpetua
Ni la destruye, ni acaba,
Ni sus glorias menoscaba,
Su fuerza ni su poder.
Soberana de los tiempos,